

HANDIK ETA HEMENDIK  
SAN JUAN 1954





## Las campanas de Hernani

Unas pocas pero sentidas frases bastan a Víctor Hugo para diseñar un sugerente cuadro de Hernani. Hugo vuelve a traslucir su inclinación por este pueblo cuyo recuerdo confiesa habersele quedado grabado desde que, siendo niño, lo atravesó junto con su familia, hallándose su padre, general de los ejércitos de Napoleón, prestando servicio en España. Treinta años después, Hernani, mejor dicho, la bella calle de Hernani no defrauda aquel cordial recuerdo de la infancia. Porque para cautivar el ánimo de cuantos viajeros penetraban por sus puertas, Hernani poseía algo más que el eco áspero e imperioso de su nombre, extendido por el poeta en el rótulo de su discutida obra.

Hernani solamente contaba con una calle, cuya visión, hermosísima, marcaba en la memoria para siempre imagen perdurable. La calle de Hernani, toda llena de grandeza y solemnidad, era según Víctor Hugo, un magnífico libro donde podía ser leída, casa por casa, la arquitectura de cuatro siglos. Una catedral no igualaba en riqueza a esa calle fastuosa cargada de escudos en relieve, de balcones de hierro forjado en complicados arabescos, de señoriales portales, y cerrada por una poterna vetusta en cuyas derrumbadas almenas crecían vigorosas las plantas trepadoras.

En la villa que se extiende debajo del monte Santa Bárbara, nada contaba para Víctor Hugo sino el paisaje circundante, y, sobre todo, esa calle admirable. El Ayuntamiento y la rica fachada «pompadour» de la iglesia le resultaban, comparados con ella, insignificantes.

Víctor Hugo adolece a menudo de falta de agilidad; estas impresiones tuyas carecen de la sensación auricular. Una vez más, Dembowski nos completará con brevedad la insuficiente impresión del escritor francés. Después de admirar esa arteria única bordeada por una doble hilera de casas con soberbias arcadas de granito, los grandes balcones forjados, las puertas fortificadas, el juego de pelota y las bellísimas imágenes de la iglesia, el italiano descubre complacido que ésta posee un órgano de sonos deliciosos. Pero en Hernani había aún algo mucho más embelesador que todo eso: las campanas. Dembowski asegura que las campanas de Hernani tenían un sonido de tan armoniosa majestad que resultaba imposible oírlas sin sentir el pensamiento arrebatado más allá de este mundo.

¿Será que Hernani poseía, acaso, una fisonomía propia y característica, distinta a la de las demás villas guipuzcoanas? Todo lo contrario. Agradecemos al perspicaz viajero Dembowski la reveladora observación de que todos los pueblos guipuzcoanos estaban, poco más o menos, cortados del mismo patrón que Hernani.—(De «MI GUIPUZCOA» de D. José de Arteche).